



INSTITUTO DE CHILE

CEREMONIA DE CLAUSURA DE LAS ACTIVIDADES DEL AÑO 2023 DEL INSTITUTO DE CHILE.  
DISCURSO DE SU PRESIDENTE DON JOAQUÍN FERNANDOIS HUERTA.

Con la reunión del día de hoy damos por clausurado el año académico de 2023. Ustedes ya habrán tenido en sus manos las memorias de cada una de las Academias, donde se refleja el ingente trabajo que nuestras académicas y académicos han efectuado, donde trasluce un anclaje de preocupaciones y actividades profundamente coetáneas con la evolución o inquietudes actuales de las ciencias, las artes y las humanidades. Solo me resta destacar que el año recién finalizado tuvimos la alegría de recibir en el seno del Instituto a dos galardonados con el respectivo Premio Nacional. Uno fue la reconocida periodista Patricia Stambuk Mayorga, de la Academia Chilena de la Lengua, Premio Nacional de Periodismo; el otro fue el destacado científico Jaime San Martín Aristegui, miembro de número de la Academia Chilena de Ciencias, Premio Nacional de Ciencias Exactas. También el reconocido jurista Enrique Barros Bourí recibió la Medalla Juvenal Hernández Jaque en su mención Artes, Letras y Humanidades, otorgada por la Universidad de Chile. De alguna manera nuestra comunidad se siente partícipe de estas altas distinciones de las que nos enorgullecemos.

En la idea de anteriores intervenciones mías en calidad de Presidente del Instituto de Chile, quisiera ahondar en un punto, aquello del sentido del esfuerzo que se realiza en las ciencias y en las artes en nuestro país, más que nada aquella que se lleva a cabo en las instituciones académicas. Como lo hemos visto estos días en torno a una prueba nacional para obtener una medida de orientación de su calidad y su valor, se han establecido metas que ponen el acento en la equidad como valor supremo. Se trata de un debatido tema de nuestro tiempo. La moderna sociedad con Estado de derecho no podrá pasar la prueba de consolidación -siempre relativa- si no logra establecer como posibilidad real de una educación desde los primeros años hasta la superior, y más allá todavía, si no se la hace llegar en niveles adecuados a la gran mayoría de la sociedad. Tampoco se podría obtener lo que genéricamente llamamos “desarrollo”, palabra un tanto indigente aunque imprescindible para entender de qué hablamos. Los fundamentos de esa educación descansan sobre muchos supuestos.

Sin embargo, me permito escoger uno de ellos como una base o cimiento, que se va convirtiendo en más fundamental y fundante a medida que se avanza desde los balbucesos de la enseñanza pre-básica hasta la universitaria y todavía la más altamente especializada. Se trata de la rigurosidad, no como medida disciplinaria, en sentido de inculcar obediencia a reglas y actitudes, sino como un aspirar hacia la perfección posible en cuanto meta de vida.

El pensar y practicar una disciplina u oficio implica una combinación del sentido del juego, como placer y como desafío; y una rigurosidad o sistematicidad en el desarrollo de su propio quehacer, en

las ciencias, las artes o las humanidades. Ortega y Gasset lo ha comparado al deporte. Me atrevería a añadirle un tercer elemento, quizás implícito en los anteriores. Ello debe ser acompañado por un gusto que va más allá del placer y que puede apelar a los más exigentes sacrificios y abnegación. Es aquello que comúnmente llamamos vocación, un fuego interior que nos consume y a la vez va construyendo sentido, generalmente de manera semiconsciente. No se trata de encaminarse a un estado de permanente felicidad, inalcanzable en la medida humana; es solo una dirección, una atracción polar que si se pierde se traduce en el rumiar mediocre con el que tanto nos encontramos en las instituciones de educación superior, lo que se venga en arrebatos de pasión fingida por llamar a esta y aquella causa. La vocación o entusiasmo pasional, enajenación positiva, se encuentra lo más granado del espíritu que se debe filtrar en las proporciones adecuadas en la enseñanza escolar, en intensidad cada vez mayor a medida que se aproxima a su culminación, en la antesala de la educación superior. Es lo que temo se olvida en el temporal de la discusión sobre la equidad, olvidando que esta no puede residir en todos los ámbitos de lo humano sin este quedar a merced de desafíos que se volverán inmanejables.

En este año académico que hoy clausuramos puede gozar de la inapreciable asistencia de la Directiva, la vicepresidenta, la secretaria y el recién nombrado tesorero; aprovecho de agradecer al anterior tesorero, don Carlos Cáceres, coterráneo y amigo, por la asistencia que nos entregó durante año y medio. Asimismo, hoy día se presentará un nuevo número de los *Anales*, fruto del incansable trabajo del Dr. Fernando Lolas. Este año también para su impresión pudimos contar con la colaboración generosa y eficaz de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, fruto de un convenio firmado hace un año con el Rector de esa casa de Estudios, profesor Nelson Vásquez. Reconocemos y valoramos el aporte de la Universidad Central de Chile en su apoyo al programa de Radio Universidad de Chile dirigido por el Dr. Fernando Lolas.

Por ello, a continuación dejaré con ustedes al profesor David Contreras, responsable de la vinculación con los medios en la Pontificia Universidad Católica de Chile, seguido por el Dr. Fernando Lolas que presentará el número correspondiente de *Anales*.

Joaquín Fermendois Huerta  
Presidente  
Instituto de Chile

Santiago, 4 de enero de 2024 .